

que servir a los pobres por amor de Cristo era deformar ese servicio, con la intención de evangelizar.

Ciertamente se puede trabajar por los demás, y muchos lo llevan a cabo, sin un motivo religioso, por una convicción filantrópica o por sentimientos de compasión. Son intenciones y realidades muy buenas y profundamente humanas. Pero la relación entre el amor a Dios y el amor a los demás revela algo más: una clave del mensaje cristiano que, al canonizar a la madre Teresa, la Iglesia quiere recordar a la humanidad.

Ante la invitación de Jesucristo —dar la vida por los demás, amando a todos, incluso a los enemigos—, se manifiestan las limitaciones humanas: la falta de ánimo, fuerza y capacidad, pero también las resistencias de la pereza y el egoísmo. De ahí procede una convicción íntima: me parece muy bonito, pero no me veo capaz.

La fe cristiana y la misma experiencia enseñan que, si realmente se quiere afrontar esa entrega y se pide a Dios, su ayuda no falta. Por eso en la intimidad de los santos, se produce siempre esa curiosa combinación de profunda humildad, al sentir la propia de incapacidad y la fuerza del amor de Dios.

Los santos cristianos no son *superhombres* o *supermujeres* que todo lo consiguen con una personalidad arrolladora, una fuerza de voluntad implacable, una energía desbordante o un impulso irresistible. Tampoco

aparecen, generalmente, como un prodigio de la planificación económica o técnica. La explicación de su fuerza y el valor que poseen para los cristianos no se queda en que sean excepciones de la naturaleza, sino en que han dejado obrar en sí mismos al amor de Dios.

En la misma ocasión que recordaba al principio de este artículo, Juan Pablo II apuntaba a las claves de esta mujer menuda y, a la vez, gigante: «Su misión comenzaba cada día, antes del alba, delante de la Eucaristía. En el silencio de la contemplación, la madre Teresa de Calcuta sentía resonar el grito de Jesús en la Cruz: “Tengo sed”. Este grito, recogido en lo profundo de su corazón, la impulsaba por las calles de Calcuta y de todos los arrabales del mundo, en busca de Jesús en el pobre, en el abandonado y en el moribundo», y deseo añadir: en los huérfanos o no deseados por sus padres.

“La misericordia es amor que se hace servicio”, en *Avvenire*, Italia (20-XI-2016)

Cercana ya la clausura del Año Santo de la Misericordia, el agradecimiento es un sentir que une a toda la Iglesia. En primer lugar, gratitud filial a la Trinidad Santísima, que ha dispensado sus dones para hacernos experimentar el amor infinito de Dios por cada hombre y por cada mujer, por

cada uno de nosotros. Y unión de intenciones también con el Papa Francisco, que ha convocado este jubileo para resaltar más ese aspecto fundamental de la fe —que Dios es un Padre inmensamente bueno—, y recordarnos que el camino de nuestra felicidad pasa por ser dispensadores de misericordia.

Para que nuestro agradecimiento sea plenamente sincero, ha de ir unido al deseo hondo de mejora personal. En efecto, quien ha experimentado la misericordia —acudiendo al sacramento de la Confesión, recogiéndose en oración, atravesando una puerta santa o aceptando la ayuda de un hermano— está llamado a comunicarla, colmando su vida de misericordia hacia todos los demás.

Este jubileo debe marcar una impronta seria en nuestra alma, y lo hará si acrecentamos nuestros deseos de santidad, si aumentamos la frecuencia a los sacramentos y mejoramos nuestro carácter. En definitiva, es una oportunidad para ayudarnos a dar un paso más hacia esa imagen de Cristo que otros tienen que divisar en nuestra vida.

En muchos lugares del mundo donde ya no se oye el eco del Evangelio, los cristianos nos enfrentamos al reto de la primera evangelización. «¿Dónde está vuestro Dios?», podrán preguntarnos. Y lo descubrirán en nuestras obras: en la oración por el que nos ofende, en la atención al desvalido, en el afecto hacia quien está atenazado en sus vicios, en el

consuelo que ofrecemos a quien vive solo, en el perdón que proponemos allí donde la sociedad únicamente habla de justicia, en la coherencia cristiana de nuestro caminar ordinario, día a día, en el trabajo, en la familia... Obrando así, también nosotros aumentaremos la propia intimidad con Dios, porque actuando en su nombre le conoceremos mejor y nos identificaremos con él.

«Si quieres encontrar a Dios, búscalo donde él está escondido: en los necesitados, en los enfermos, en los hambrientos, en los encarcelados», ha aconsejado recientemente el Papa Francisco. Empequeñeceríamos nuestro mundo si negáramos el trato a quien nos desagrada, a quien es diferente, a quien nos podría quitar tiempo... Cada persona es Cristo que pasa a nuestro lado, como gustaba considerar a san Josemaría, fundador del Opus Dei.

Efectivamente, la existencia ordinaria nos ofrece múltiples ocasiones de misericordia: el hogar, la profesión, los amigos, el tráfico de la ciudad, el trato con desconocidos... San Josemaría no se cansaba de aconsejar que reemos incluso por las personas con las que nos cruzamos por las calles; así, el alma se encuentra siempre dispuesta para atender a los demás siempre que sea necesario.

La misericordia es amor que se vierte sobre las necesidades de los demás y nos invita a volver los ojos a la Virgen. Ella nos enseñará a ser

misericordiosos y a acoger la misericordia del Padre para sentirnos más hermanos de nuestros hermanos.

Meditaciones mensuales sobre las obras de misericordia

Julio: Corregir al que se equivoca

La historia de la salvación nos muestra un continuo alternarse del amor misericordioso de Dios y de la debilidad de los hombres. Como una madre sigue por la casa a su hijo más pequeño, evitándole peligros o daños, así ha guiado Dios a la humanidad a lo largo de los siglos. Cada uno de nosotros ha podido experimentar en su propia vida esa guía, esa mano cercana de la Providencia divina. Y por esto, ¡cuántas caídas o equivocaciones en nuestro caminar se han convertido en ocasiones de encuentro con el Señor!

Corregir al que se equivoca nos anuncia una obra de misericordia que el Señor ejerció constantemente, como leemos en los relatos bíblicos, cada vez que los hombres se empeñaban —y podemos decir, nos empeñamos— en emprender el camino del mal. La historia del pueblo elegido es una clara manifestación de este cuidado divino. En muchas situaciones, Yahweh podría haberlos soltado de su mano, pero siempre —también a veces con castigos y otras con advertencias de los profetas—, volvía a atraerlos hacia sí, reencaminándolos por las vías de la salvación.

Con la encarnación del Verbo, la misericordia de Dios ha tomado un rostro humano: el de Jesús. Dios se ha hermanado con nosotros para buscarnos uno a uno: en nuestras circunstancias, con nuestras características, con los muchos o pocos talentos que poseamos. En el Evangelio, vemos que Jesucristo no se abstiene de reprender, de corregir, a quienes desea llevar por la senda recta; no sólo a los fariseos que rechazaban su mensaje, sino también a sus amigos: a Pedro, incluso con dureza, cuando el apóstol le insinúa que debe evitar la Pasión; o a Marta en Betania, con dulzura, por preocuparse en exceso de las tareas de la casa. El Señor sabía utilizar el tono y el lenguaje que más convenía a cada persona.

Siguiendo el ejemplo del Señor, recordemos que la corrección fraterna practicada con rectitud, sin humillar, ha sido una ayuda en la Iglesia desde los comienzos. «*Hermanos* —escribió san Pablo a los Gálatas (*Gal* 6,1)—, *si acaso alguien es hallado en alguna falta, vosotros, que sois espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, cuidando de ti mismo, no vaya a ser que tú también seas tentado*». No señala el apóstol otra cosa distinta sino el mandato de Jesús: «*Si tu hermano peca contra ti, vete y corrígele a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano*» (*Mt* 18,15).

Por tanto, la corrección fraterna apunta un deber de todos los cristianos. Cuando alguien nos hace una advertencia para nuestro bien, hemos de ver ahí una manifestación de la misericordia divina, que se sirve